

Bodas de Oro del Opus Dei

Responde D. Alvaro DEL PORTILLO

Presidente General de la Asociación

Con ocasión del 50º aniversario de la Fundación del Opus Dei —efemérides del que dábamos cumplida cuenta a nuestros lectores en el anterior número de PALABRA—, D. Alvaro del Portillo y Díez de Sollano, Presidente General de la Asociación, concedió unas declaraciones al Deutsche Tagepost. PALABRA tiene hoy el placer de ofrecer al público de lengua castellana el texto completo de dicha entrevista.



...todo ha ido saliendo adelante, a pesar de nuestras miserias personales, al paso de Dios.

—Al cumplirse el cincuenta aniversario del Opus Dei, quisiera comenzar este rato de conversación con el Presidente General, con una pregunta de carácter bastante personal y privado; ¿cuáles son, en este día, sus sentimientos?

—Mis sentimientos, y pienso que sucederá otro tanto a todos los socios y asociadas de la Obra, podrían resumirse así: una ilimitada gratitud a Dios, un mayor deseo de personal compunción, y una renovada decisión de continuar entregando mi vida día a día, hasta el final, para servir a la Iglesia Santa, en el Opus Dei.

No le oculto además, y lo digo con un orgullo de hijo, que me vienen a la memoria con frecuencia otras ocasiones semejantes de la historia del Opus Dei, que he vivido muy cerca de

Mons. Escrivá de Balaguer. En esos días de fiesta, nuestro Fundador, con el agradecimiento propio de quien se siente amado por Dios sin merecerlo, hacía un examen más a fondo de su correspondencia al Señor y, desde la hondura de un corazón contrito que reconoce su deuda de amor, daba más gracias a la Trinidad. Por estos mismos derroteros procuro que discurren mis sentimientos: humildad y acción de gracias, porque todo ha ido saliendo adelante, a pesar de nuestras miserias personales, al paso de Dios.

La celebración de las Bodas de Oro del Opus Dei trae, para todos nosotros, una invitación a una renovación espiritual más profunda, para que sigamos siendo instrumentos fieles —como fue, y nos enseñó a serlo, nuestro Fundador— en servicio de la Iglesia, del Papa y de todas las almas.

Recuerdo del Fundador

—En su vida, en su pensamiento y, lo imagino, también en su oración, el recuerdo de Mons. Escrivá de Balaguer será vivísimo, ¿me puede decir cuándo lo conoció, y qué rasgo de su carácter le impresionó más?

—Conocí a Mons. Escrivá de Balaguer en 1935. Primero, tuve con él una conversación personal; algún tiempo después, lo encontré mientras predicaba un día de retiro espiritual a un grupo de universitarios. Esos dos encuentros marcaron definitivamente mi vida: desde entonces tuve el convencimiento de que Dios estaba presente de un modo extraordinario en ese sacerdote, que era una persona santa, movida por el Espíritu Santo: de ahí surgió mi vocación a la Obra. A partir de aquella época, he estado siempre muy cerca de su persona. A lo largo de los años, esa persuasión inicial se fue haciendo cada vez más fuerte; la insoldable riqueza de la vida interior de Mons. Escrivá de Balaguer era realmente extraordinaria, conmovedora.

Podría detenerme en muchos detalles de su modo de ser y de trabajar, de su completa personalidad humana, de su cultura amplia, etc. Prefiero, ahora, señalar un rasgo que me impresionó siempre, que, a mi juicio, lo define íntegramente. Mons. Escrivá de Balaguer era un sacerdote que tenía a flor de piel las cosas esenciales. Su vida entera iba derecha a un fin: a llevar a la conversión, a la amistad con Dios, a centrar a su interlocutor —el hombre de la calle, el hombre o la mujer embebidos en sus quehaceres ordinarios— ante el significado profundo y exigente de la vocación cristiana como llamada personal a la santidad. Y esto, con urgencia, porque no se andaba con rodeos. Y esto con todos, porque a todos descubría que una vocación divina daba sentido a su existencia secular. Iba —y llegaba— derecho al alma, con desenvoltura y con una finura espiritual que cautivaba desde el primer momento. Su contagiosa simpatía era un gran don de Dios, que removía y animaba a recorrer con alegría el camino de la Cruz. Poseía una singular capacidad para persuadir —a personas a las que quizá jamás se les había pasado por la cabeza embarcarse en una aventura donde Cristo lo exigía todo— a vivir a fondo, sin medias tintas, la vocación cristiana. Mostraba en toda su entereza, sin tapujos, las consecuencias de ser de

Mons. Escrivá de Balaguer iba —y llegaba— derecho al alma, con desenvoltura y con una finura espiritual que cautivaba desde el primer momento.

Cristo. Quizá esto explique la enorme atracción que ha ejercido y ejerce su espíritu entre las personas sinceras, que no se contentan con un cristianismo pasado por agua.

Indudablemente, todo este modo de ser y de obrar era el fruto y la manifestación de una profunda vida interior. Mons. Escrivá no tenía miedo a urgir a los hombres a estar metidos de lleno en el ciclón de los quehaceres temporales, porque enseñaba —con mayor urgencia y como prioridad esencial— a vivir metidos en Dios y a comprender como llamada de Dios el lugar de cada uno en el mundo. Por esto le gustaba repetir que la vocación al Opus Dei es la de **contemplativos en medio del mundo**. Yo diría que ha gastado su existencia en enseñar a hacer oración, y a convertir en oración todo el trabajo humano. Su vida estaba enraizada en la continuidad de un filial coloquio con Dios. De aquí provenía toda su fuerza, que ha abierto tantos caminos divinos en esta tierra.

La conciencia de la inhabitación trinitaria en el alma adquiría en Mons. Escrivá de Balaguer tales dimensiones, que podía decir que **la veía**: tan cierto estaba de la presencia y del amor divinos en cada uno de los hombres, que todo lo que le acaecía le hablaba de Dios, le empujaba a un diálogo amoroso y confiado con El. Vivía esta certeza con naturalidad y

En una institución de fines exclusivamente espirituales y apostólicos, de carácter sobrenatural, como es el Opus Dei, los frutos dependen de la gracia divina.

sencillez, sin rarezas de ningún género, sin envaramiento o posturas sofisticadas, con espontaneidad, con buen humor interno y externo, pronto para el comentario adecuado y agudo, para la frase que ayudaba a sonreír y a sentirse hijo de Dios.

Se advertía, estuviera en lo que estuviera —en la conversación o en el trabajo, paseando o atendiendo a una visita, estudiando un asunto o leyendo un periódico—, que su alma permanecía abierta a Dios, sedienta de su trato. Por esta razón comprendo muy bien que muchísimas personas, que lo conocieron en vida, le hayan tenido por santo, hayan acudido y acudan a su intercesión a raíz de su fallecimiento.

La «fuerza» del Opus Dei

—Para una Asociación como el Opus Dei cincuenta años son muy pocos, apenas un comienzo. Sin embargo, la Obra, en ese breve plazo, se ha difundido ampliamente, con tal variedad en sus apostolados, que puede decirse que ha alcanzado una verdadera plenitud; ¿con qué medios ha contado el Opus Dei para desarrollarse así?

—Deseo aclarar que la plenitud del Opus Dei es algo muy distinto de la extensión de sus apostolados. Cada vez que un alma, al acercarse al Opus Dei, se convierte interiormente, encuentra a Dios y lucha para amarlo más, el Opus Dei **alcanza su plenitud**, porque está viviendo el **servicio** para el que Dios lo ha promovido.

Para explicar el crecimiento grande de la Obra, hago mías las palabras de nuestro Fundador: «Al pensar en este hecho, yo mismo me sorprendo. No le encuentro explicación humana alguna, sino la Voluntad de Dios, pues el **Espíritu sopla donde quiere**, y se sirve de quien quiere para realizar la santificación de los hombres» (Conversaciones, n. 31). Este desarrollo ha ido precedido y acompañado de muchas oraciones, mucho sacrificio. Siempre he meditado en que Cristo triunfó en la Cruz, como Señor y soberano de la vida y de la muerte. El subió hasta la cima del Calvario, y allí nos espera a cada uno para hacernos triunfar con El. Cuando nos ve firmes, decididos a abrazar la Cruz, el Señor bendice nuestra oración, nuestra mortificación, nuestro trabajo. Esos han sido —y lo serán siempre— los únicos medios.

Insisto en que en una institución de fines exclusivamente espirituales y apostólicos, de carácter sobrenatural, como es el Opus Dei, los frutos —el desarrollo— dependen de la gracia divina: en este orden, los hombre sólo podemos secundar la acción de la gracia; nunca producirla. La extensión que el Opus Dei ha alcanzado en estos primeros cincuenta años es, si la miramos con fe —único modo de contemplarla, si deseamos llegar a comprenderla—, un signo de que el Señor, que quiso que la Obra naciera, continúa siempre queriendo contar con nuestros pobres esfuerzos para servicio de la Iglesia y bien de las almas.

—**Algunas personas, al referirse a ese crecimiento del Opus Dei, hablan de un triunfalismo de un conjunto de fuerzas humanas. Tratándose de una Asociación con fines espirituales, ¿no les molesta que se hable de la fuerza del Opus Dei?**

—Procuramos estar siempre con Cristo, y entonces a nadie puede extrañar que deseemos también triunfar con El en la Cruz; pero triunfar sobre los enemigos de la redención y de la liberación del hombre, es decir, sobre el pecado, porque ése es el fin de la inmolación de Nuestro Señor. En este sentido, toda conversión es una señal cierta de la Victoria del Amor de Cristo.

Otro tipo de triunfos no le interesan al Opus Dei. Pero, como comprenderá, cada socio es libérrimo de trabajar, en su vida profesional, familiar, social, por conseguir las metas que le interesen. Me refiero a metas humanas. Participan, pues, de los triunfos o fracasos que las circunstancias de la vida les depare a cada uno. Al Opus Dei le interesa solamente que cada socio, en esta diaria fatiga de la vida humana, sea un testimonio vivo de Jesucristo y, como Jesucristo, sepa dirigir hacia la gloria de Dios las penas y alegrías que comporta el diario quehacer humano. Indudablemente —y esto es de sentido común— el triunfalismo de grupo, que se satisface en glorias colectivas, es tan ajeno al espíritu del Opus Dei como a todo espíritu cristiano.

Con estas premisas, si por fuerza entiende usted la fortaleza que da la lucha ascética para poner en práctica las exigencias del cristianismo, como nos empeñamos por vivir los que formamos parte del Opus Dei y tantos cientos de millares de personas que participan en nuestros apostolados, entonces se puede hablar, efectivamente, de una fuerza del Opus Dei.

¿En qué consiste esta fuerza? Una mañana estaba Mons. Escrivá de Balaguer enseñando el oratorio del Consejo General del Opus Dei, a un eclesiástico. En el friso de una puerta está grabada la frase: **Omnes perseverantes unanimiter in oratione**. Mons. Escrivá comentó: éste es el único secreto y la única fortaleza del Opus Dei: la oración.

Si, por el contrario, al decir fuerza usted piensa en un conjunto de personas, de cálculos, etc., como se puede encontrar en cualquier empresa con fines exclusivamente humanos, entonces no tengo más remedio que desilusionarle y decirle claramente que esa fuerza no existe. Le recuerdo unas palabras de Mons. Escrivá que resumen lo que quiero expresar: «Nunca los directores de la Obra pueden imponer un criterio político o profesional a los demás miembros. Si alguna vez un socio del Opus Dei intentara hacerlo, o servirse de otros miembros para

a chi sa quali mire di potere, a quale ferrea obbedienza di gregari. Il contrario è vero: c'è solo il desiderio di fare dei santi, ma in letizia, in spirito di servizio e di grande libertà» Il Gazzettino, Venezia, 25-VII-78, p. 3).

Mirando al futuro

—**Comprendo muy bien las razones que ha señalado, pero permítame insistir sobre este tema: ¿no le parece que una extensión tan rápida puede ser peligrosa para los socios, porque lleguen a considerarse una élite, o formar un grupo; o porque intenten acercarse a la Obra personas con miras menos rectas?**

—Hay algo, en el espíritu del Opus Dei, que ha hecho imposible que ese peligro llegara a manifestarse en estos



Dos facetas fundamentales del espíritu de la Obra: el gran amor que todos sus socios tienen a la libertad, y el deseo de servir.

fines humanos, saldría expulsado sin miramientos, porque los demás socios se rebelarían legítimamente» (Conversaciones, n. 48).

Me conmueve profundamente recordar que Su Santidad Juan Pablo I, cuando era todavía Cardenal, escribió con mucha claridad en uno de sus últimos artículos periodísticos: «L'estensione, il numero e la qualità dei membri dell'Opus Dei ha fatto pensare

primeros cincuenta años, y que, con la gracia de Dios, estoy convencido de que servirá para que no se presente tampoco a lo largo de los siglos. Me refiero a dos facetas fundamentales del espíritu de la Obra: el gran amor que todos los socios tienen a la libertad; y el deseo de servir, que es el único afán de las personas que ocupan cargos internos de dirección, dentro del Opus Dei. Como ha señalado nuestro Fundador: «Toda la actuación de los Directores del Opus Dei se basa en un exquisito respeto de la libertad profesional de los socios: éste es un punto de importancia capital, del cual depende la existencia misma de la Obra, y que por tanto se vive con fidelidad absoluta» (Conversaciones, n. 27).

Los que se acercan a los apostolados del Opus Dei se dan cuenta, bien pronto, de este espíritu, y procuran

Nuestro Fundador no hacía jamás planes rígidos que aherrojaran la realidad o que «pusieran puertas al campo».

vivirlo. Mons. Escrivá de Balaguer ha podido decir que: «Desde el mismo momento en que se acercan a la Obra, todos los socios conocen bien la realidad de su libertad individual, de modo que si en algún caso alguno de ellos intentara presionar a los otros imponiendo sus propias opiniones en materia política o servirse de ellos para intereses humanos, los demás se rebelarían y lo expulsarían inmediatamente» (Conversaciones, n. 28).

Aunque no me consta que hasta ahora haya sucedido, y no tengo motivo para pensar que vaya a ocurrir en adelante, si en un caso hipotético alguien se acercara al Opus Dei con fines menos rectos, al comprobar la realidad espiritual de nuestra Asociación, reaccionaría de dos maneras: o convirtiéndose, y buscando entonces la ayuda espiritual que se le ofrece; o alejándose, porque se convencería de que no conseguiría ningún beneficio material.

— **Para terminar, y ya que un cincuentenario es no sólo una conmemoración sino el comienzo de una etapa, ¿qué podría decir de cara al futuro de la Obra?, ¿cuáles son sus proyectos como Presidente General del Opus Dei?**

— Nuestro Fundador solía comentar de sí mismo que «vivía al día»; quería significar con esta afirmación que no hacía jamás planes rígidos que aherroraran la realidad o que «pusieran puertas al campo»; y, a la vez, que estaba siempre abierto a lo que el acontecer pudiera ir deparando. Su profunda fe en Dios le llevaba a hablar así. Sabía que la historia no es la simple proyección de los deseos e intenciones humanas, sino el desvelarse y realizarse de los planes de Dios; y lo que se nos pide a nosotros los hombres es estar atentos a la acción del Espíritu Santo, para secundarla con todas nuestras fuerzas.

Con esta idéntica disposición de ánimo, quiero continuar el gobierno de la Obra. Conviene tener presente, además, que el Opus Dei no pone el acento en la promoción de obras y actividades, sino en la formación de cada persona, de cada cristiano. Después, cada uno, tomando personalmente conciencia de las riquezas de la fe, procura vivirla y transmitirla a los demás en su conducta diaria, con el testimonio y con la palabra, en conversación de amigo a amigo, de colega a colega, de vecino a vecino, de mujer a marido, de marido a mujer, de hermano a hermano. Por eso, a Mons. Escrivá de Balaguer le gustaba

decir que la Obra era «una organización desorganizada», en la que cada socio recibe la necesaria atención espiritual, para que pueda santificar su propio camino: nada más, y nada menos. Y así, surgen escuelas, centros de promoción social, ambulatorios, clubs juveniles, universidades, etc., etc., como fruto de la tarea personal de los socios.

Ciertamente es necesario prever alguna estructura —labores apostólicas, lugares para retiro espiritual, etc.: en estos momentos pienso, por ejemplo, que se acaba de comenzar, de modo estable, el trabajo de la Obra en Bolivia—, pero todo eso es medio, no fin; el fin consiste en promover en cada alma la decisión de buscar a Dios. El Opus Dei no es fundamentalmente cuestión de organización, de programación, sino de espíritu.

Continuaremos caminando con el espíritu que nuestro Fundador nos ha transmitido. Un espíritu que no está condicionado por circunstancias de lugar o de tiempo, ya que nace del Evangelio y mueve a santificar una realidad constante en el existir huma-



no: la vida ordinaria en el mundo y, como elemento determinante, el trabajo profesional de cada día, hecho con la mayor perfección posible, convirtiéndolo, por la gracia, en oración y en medio de apostolado. La fidelidad a ese espíritu es la garantía del futuro de la Obra. La oración, la mortificación y el trabajo bien hecho, nuestra única **estrategia**. Y, eso también, siempre con la alegría de los hijos de Dios.

La oración, la mortificación y el trabajo bien hecho, son nuestra única estrategia.

Papa Luciani

— **No podría terminar esta entrevista sin pedirle unas palabras sobre el Papa Juan Pablo I, recientemente fallecido.**

— Cuando me dieron esa tristísima noticia, inesperada, me quedé destrozado. Busqué refugio en el Señor, mientras me repetía: Dios sabe más, aunque a los hombres muchas veces nos cueste entender sus caminos.

Desde que apareció ante la muchedumbre reunida en la Plaza de San Pedro, cuando lo eligieron, para dar su primera bendición, Juan Pablo I ya nos había ganado a todos, a los católicos y a los no católicos. Después, en cuatro semanas de Pontificado, este Papa ha suscitado una gran corriente de espiritualidad en el mundo entero: su sonrisa espontánea, tan propia de la persona que está muy unida a Dios, su sencillez sacerdotal, su palabra llena de unción y asequible calaban muy hondo. Pienso que, en este mes de catequesis, ha puesto en evidencia las grandes ansias que tiene la gente de oír hablar de Dios con fe viva, con cálida convicción. Su Santidad Juan

El Opus Dei no pone el acento en la promoción de obras y actividades, sino en la formación de cada persona, de cada cristiano.

Pablo I ha desarrollado durante su breve Pontificado una labor ingente, con su gran acción de catequista, precisamente porque era hombre de oración, con celo por las almas, y porque era un sacerdote tenaz en el estudio, firme en la doctrina, y con inmenso corazón de pastor.

No puedo olvidar que uno de los últimos artículos periodísticos del cardenal Luciani, antes de ser elegido Papa, fue sobre el Opus Dei y su Fundador. En ese escrito, el entonces Patriarca de Venecia demostraba un profundo conocimiento de nuestro espíritu, y un gran afecto a la Obra. También recuerdo con emoción las varias veces que acudió a rezar a la tumba del Fundador del Opus Dei. Ahora, nuestro deber es rezar, con oración y mortificación intensa, con un trabajo bien hecho. Rezar por el Papa que ha fallecido, y rezar por el que ha de venir, con el fin de que Dios le ilumine y le guíe en su pontificado.